



LOS PERROS DEL BAMBÚ

VICENT GASCÓ

PRÓLOGO DE MAYKA NAVARRO

UNARIA
EDICIONES

Primera edición: octubre 2021

Textos

Vicent Gascó Villanueva

Ilustración de portada

Jorge Gascó Villanueva

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-123658-2-5

Depósito legal

CS 585-2021

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

A mi hermano.

PRÓLOGO	13
1 EL MENSAJE	19
2 TAICHIDO	21
3 EL AMULETO	29
4 LUZ VIVA	39
5 MUAY THAI	51
6 MOE	63
7 MÍSTER PHI	89
8 EL MOLINO	119
9 EL ELEFANTE BLANCO	131
10 EL ANILLO	159
11 SHIQ LAY-LONE	165
12 MUJERES DE CUELLO LARGO	189
13 EL GENERAL Y EL EMPRESARIO	219
14 MONJES Y LOTOS	233
15 EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN	251
16 CAMINO DE MANDALAY	269
17 OPIO	281
18 EL PUENTE DE LOS MIL PIES	297
19 LA HUIDA	313
20 LA ESPADA DE MIN GYI NAT	337
AGRADECIMIENTOS	367

PRÓLOGO

Sabía bien que lo que fuera que tramaban aquellos dos hombres apartados del resto del grupo en una de las mesas del restaurante flotante me iba a gustar. Anoté en mi diario de viajes el instante exacto en el que descubrí la cita secreta: 14.37 hora local; del 12 de noviembre del 2018. Un lunes era. Lo recuerdo perfectamente aunque ese detalle no quedó por escrito. Podría describir también cómo iban vestidos sin necesidad de repasar las fotografías y el vídeo que les grabé a hurtadillas. Estaban tan concentrados en lo suyo que ni el uno ni el otro se percataron de mi presencia. Sobre la mesa protegida por un hule gris de dibujos geométricos, uno de los dos había soltado de cualquier manera su mochila con la cremallera medio abierta, una bolsa de plástico transparente en la que guardaba protegida de la lluvia y la humedad la documentación importante del viaje, y un sombrero de paja y ala ancha en cuya parte interior reposaban el teléfono móvil y una pequeña libreta de notas sin estrenar. Nada les alteraba. Ni interrumpía aquella charla. Afuera del mundo que estaban empezando a crear hacía horas no dejaba de llover en abundancia. Sobre la mesa, también, seguía el plato pequeño de postre en el que uno de los dos dejó la piel de un mango que aliñó con unas gotas de lima que de tanto apretar con sus manos enormes acabó deformada.

El del mango, la lima y el sombrero de ala ancha, que nunca llevaba de medio lado, vestía un longyi granate, el pantalón tradicional de los hombres birmanos; y una camisa blanca de algodón sin cuello con elefantes dibujados y la trompa hacía arriba en señal de buena suerte. Se protegía del fresco que había traído la lluvia con una chaqueta fina gris y en los pies calzaba unos relucientes zuecos de plástico blancos que apartaba y acercaba, jugando sin mirar con las puntas de los dedos de los pies, mientras iba recordando. El otro, sentado justo en frente,

no perdía detalle y grababa la conversación con su teléfono móvil para escucharlo todo mejor. En los últimos días había empezado a tener gestos de mimetizarse con el paisaje y ya en la recta final del viaje había desenvuelto de la maleta la camisa birmana que su interlocutor le había regalado al poco de conocerse. No se atrevió aún con la falda de hombre, que también la tenía. Hubiera querido que el otro hablara más rápido todavía para no perder tiempo y así poder escuchar muchas más cosas que le contara. Para disimular las ganas de más palabras, remordía las patillas de las gafas de leer que se ponía y quitaba, una y otra vez.

Las palabras del que más hablaba las mecía el sonido de la lluvia que se ahogaba en el caudal del lago Inle. Empezaba la temporada de tomates y el arroz se había recogido. Vicent ya había decidido, sin ni siquiera saberlo todavía, que aquel viaje a Birmania no había hecho más que empezar para él. Se retó a sí mismo y decidió subir a un devastado tren que lo llevaría al pasado reciente de un país desconocido, blindado por las exigencias de una dictadura militar repuesta hace nada y que merecía la pena el gran esfuerzo de documentarse, buscar e indagar para después narrar con otras palabras. Zaw Zaw, nuestro guía de sombrero de ala ancha y melena negra que le cubría media espalda, se convirtió en su inspiración y durante todos los días, el escritor le acechaba para que le ayudara a encontrar el mejor instante en el que arrancar la que tenía que ser esta gran novela.

El inmovilismo en el que sobrevive asfixiado y aplastado este fascinante país asiático permitió a Vicent echar mano de muchos momentos vividos en nuestro viaje para transportarlos con sus palabras a la Birmania de unas cuantas décadas atrás. El propio Zaw Zaw se lo confirmó, pocas cosas han cambiado en todo este tiempo, tampoco la dignidad con la que durante décadas unos cuantos se enfrentan con miedo al poder militar buscando un atisbo de luz en la desesperanza.

El resultado a la tenacidad del escritor es un nuevo viaje a Birmania trasladando al pasado ingredientes que han permanecido inalterables pese al tiempo. Cada pasaje de este libro está hecho con algunos trocitos de aquella aventura asiática que compartimos unos cuantos compañeros con los que a día de hoy nos mantenemos al corriente sobre

Birmania y nuestras vidas. Todo estaba por pasar, no nos conocíamos ninguno, pero recién aterrizados al aeropuerto de Rangún, Zaw Zaw quiso inmortalizar ese primer instante pidiendo a un vigilante que nos hiciera una fotografía del grupo. Vicent se colocó en el centro y a su lado, a la misma altura, Zaw Zaw se situó con su camisa blanca de manga larga recién planchada, su longyi granate y los zuecos de plástico blancos. Llevaba la melena recogida en una larga coleta y ahorrraba aún en sonrisas por todas las que tenían que llegar. Con los años, pocos me parecen para un texto tan bueno, los pasajes escritos por Vicent acabarían tejiendo una gran novela a partir de la vida que Zaw Zaw recordó para él durante sus encuentros. Nuestro querido guía y amigo ha dejado de responder a los mensajes desde el golpe de Estado militar que el pasado 1 de febrero del 2021 derrocó a Aung Sang Suu Kyi. No sabemos nada de Zaw Zaw y su teléfono ha dejado de dar cualquier señal de vida. Prometí a uno de los incontables budas que visitamos aquellos inolvidables días volver con flores de jazmín si alguien a quien quiero sanaba. Comprobada su eficacia, hace días que le pido a ese mismo buda que vele por él. El escritor y su amigo merecen reencontrarse, y Zaw Zaw leerse.

Mayka Navarro
Redacción de La Vanguardia
Barcelona
13 de julio del 2021

«Birmania es distinto a todo lo que conoces.»
Joseph Rudyard Kipling



1 EL MENSAJE

Ayei kyi, thwei ni
အရေးကကြီးသို့ ခဲနို့
Para asuntos importantes, la sangre más espesa.

(Proverbio birmano)

Estado Kayah, Myanmar, estación fría de 1990

«**M**adre, cuando lea esto estaré muerto».
Zaw Zaw escribió ese pequeño número de palabras con su propia sangre en un trozo de tela. La nota concluía así: «Rece por mí».

Aquella noche la cena fue especial. Los carceleros decían que la carne de perro calentaba el cuerpo y combatía la malaria. Era lo que les daban a los reclusos en los días festivos y en la víspera de su ejecución.

2 TAICHIDO

Lin ne maya, sha ne thwa

လင်္ကျီ မယားလျှာနဲ့ သွား

El esposo y la esposa son como lengua y dientes.

(Proverbio birmano)

Castellón de la Plana, España, otoño de 2016

Zaw Zaw se despertó con los ladridos nerviosos de Taichido. El dormitorio estaba frío y se acurrucó debajo del edredón, con los ojos abiertos. La perezosa luz del amanecer se filtraba por las rendijas de la persiana y rayaba las paredes con franjas albinegras. Sentía la respiración acompasada de Naiara, su mujer.

Pocas veces se oía la voz grave del viejo mastín inglés; un perro tranquilo, de mirada triste. Hacía solo unas semanas que lo tenían. Nai (así llamaba todo el mundo a Naiara) apareció una tarde con el animal. Se le marcaban las costillas y era tal la mugre que lo cubría que apenas se adivinaba el color crema del pelaje. Tenía calvas por la dermatitis y estaba aterrizado. Lo había encontrado mientras deambulaba cerca de la estación. Cuando su marido lo vio, frunció el ceño y se le encogió el estómago. «Han pasado diecisiete años, Zaw Zaw», le recordó su esposa al ver esa reacción. «Y sabes que siempre he querido uno», añadió.

La pareja había intentado tener un hijo en los primeros años del matrimonio, sin conseguirlo. Ambos se sometieron a pruebas médicas

cuyos resultados no indicaron ningún tipo de disfunción. En cambio, Nai no dejó de menstruar de forma regular mes tras mes. Zaw Zaw, muy supersticioso, pensaba que era consecuencia de haber pasado por debajo de la colada que su esposa había tendido en la terraza. Ocurrió al poco de casarse y lo hizo por descuido, ya que en su país ese acto implicaba para el hombre perder la fuerza masculina. Ella, más racional, creía que era el estrés postraumático la causa de la infertilidad de su marido. Si no obedecía a alteraciones fisiológicas, tenía que ser por su desordenado estado emocional. Pero Nai amaba a Zaw Zaw con tal devoción que, pese a que deseaba un bebé con todas sus fuerzas, nunca le recriminó nada y, con el paso de los años, la ilusión de ser madre se diluyó.

La familia de Nai siempre había tenido perros. La niña creció acostumbrada a revolcarse por el suelo en juegos llenos de carcajadas, babas caninas y miradas amorosas. Nai pensaba que tener un perro en casa podría mitigar la frustración de no ser madre. Pero le costó convencer a su marido. Aunque Zaw Zaw compartía con su mujer el amor por los animales, cualquier ladrido le trasladaba inevitablemente a una época de su vida que era incapaz de borrar de la memoria. Se le aceleraba el corazón hasta sentir la sangre golpeándole la garganta y la mente reproducía las horribles sensaciones que vivió en el pasado.

Se levantó, arrastró sus pantuflas por el pasillo y fue hasta el salón donde Taichido, ajeno a su presencia y con el hocico pegado al ventanal, todavía ladraba dejando en el cristal un cerco de aliento. Zaw Zaw, con su corpulento cuerpo agitado por la taquicardia, se puso en cuclillas y dejó la mano sobre el lomo del animal. De forma inmediata el perro perdió el interés en los gatos que escarbaban en los contenedores de la avenida e intentó, sin éxito, dar un lametazo a su dueño, que esquivó la lengua del can.

Zaw Zaw nació en Birmania, la actual República de la Unión de Myanmar. Los padres eran originarios de Calcuta. Sus abuelos salieron del país cuando los ingleses, que ya habían colonizado la India, ocuparon Birmania. Con las fronteras suprimidas, miles de emigrantes llegaron al delta de Rangún, a orillas del golfo de Martabán, para buscar trabajo en los fértiles arrozales. Allí se conocieron los padres

de Zaw Zaw y se casaron. Años después, cuando la malaria ya se había llevado por delante a varios familiares, huyeron de esa enfermedad tan común en las ciénagas infestadas de mosquitos, se dirigieron hacia la Alta Birmania, en las extensas y secas planicies del centro del país, y se asentaron en Mandalay, antigua capital del estado birmano.

Zaw Zaw tenía el cabello largo, recogido en una coleta que le llegaba hasta media espalda, lacio y negro, sin atisbos de canas, pese a que ya contaba con cuarenta y nueve años. Llevaba un camisón ancho de lino que cubría los casi dos metros de estatura. Sus ojos eran redondos y oscuros, de mirada serena, y la tez, aceitunada, ya aparecía surcada por algunas arrugas. Tenía la nariz pequeña y chata y las mejillas rechonchas. Siempre caminaba erguido, con la frente alta y con pasos lentos. También la forma de hablar era pausada y la acompañaba con gestos sobrios y elegantes, sin perder la verticalidad del cuello. Zaw Zaw comenzó a estudiar Ciencias Químicas en la Universidad de Mandalay, pero, como él decía, sus verdaderas maestras fueron las circunstancias, aunque también fueron las que impidieron que acabara la carrera. De niño se le educó en la religión hinduista y en la pubertad empezó a profesar el budismo, la fe predominante en Birmania.

Cuando llegó a España, la crisis azotaba a toda Europa y no le fue fácil encontrar empleo. Alternó periodos de paro con trabajos temporales en la recolección de naranja y en fábricas de azulejos.

Él y Nai hacían una pareja singular. Ella apuraba su tercera década de vida. Era delgada y menuda, aunque con un carácter inquieto y enérgico. Zaw Zaw le decía que tenía unos ojos imposibles de olvidar. Realmente eran bellos y grandes, con el iris tan azul como el mar en los días de brisa seca. Tenía la piel muy blanca, salpicada con una constelación de pecas de tono claro que se concentraba en la espalda, los pómulos y las rodillas. Llevaba el cabello corto, del color del bronce antiguo.

Nai nació en El Pobo, un pueblo de Teruel, en una de las comarcas más frías de España. Sus padres, salmantinos, eran intérpretes de instrumentos barrocos y fueron contratados para actuar la noche de San Juan, durante las fiestas del municipio. La niña anunció su llegada en plena actuación, cincuenta días antes de lo previsto, y se tuvo que in-

terrumpir el concierto e improvisar un paritorio en el consultorio médico. El parto transcurrió sin complicaciones y fue un acontecimiento para el pueblo, donde, tras muchos años sin nacimientos, el solsticio de verano les había traído un precioso bebé. Una vecina hospedó a la familia en su casa durante las primeras semanas de vida de Nai. Conmovidos por ese generoso acogimiento, decidieron quedarse unos meses en El Pobo. El padre, que por su barba poblada y por la forma de vestir parecía más un personaje sacado de una escena medieval que un licenciado en filosofía —que es lo que era—, continuó realizando actuaciones en distintos lugares de España, a los que se trasladaban con una desvencijada furgoneta. La música apenas les daba para comer y la llegada de Nai les obligaba a asegurarse mayor estabilidad económica, así que compraron un pequeño rebaño de ovejas. Lo que iban a ser unos meses de estancia se convirtieron en dos décadas y Nai creció corriendo por los páramos gélidos de ese altiplano. Su cuerpo era tan frágil como fuerte su temperamento. La madre siempre lo atribuyó a la influencia de un clima tan extremo. Estudió enfermería en la Universidad de Zaragoza y, al poco de terminar, encontró trabajo en el Hospital Provincial de Castellón.

Cuando Zaw Zaw volvió al dormitorio, Nai se despertó. Siempre se acostaba a la izquierda de su marido. Todos los matrimonios birmanos respetaban esa costumbre y ella la aceptó. El peso de Zaw Zaw al tumbarse producía movimientos tectónicos en el colchón que casi la catapultaban fuera de la cama. Se dio media vuelta para acomodarse, soltó un buenos días con la boca cerrada, se tapó la cabeza con la almohada e intentó retomar el sueño. Tenía la cintura estrecha y las caderas muy redondas, como si hubiesen sido trazadas con un compás. A Zaw Zaw le encantaba observar esa silueta marcada en las sábanas. Pero en esos momentos su mirada estaba proyectada al vacío, inmóvil, con la espalda apoyada sobre la cabecera de la cama. Ella podía percibir la angustia de su marido tan solo con estar a su lado.

—¿Otra vez ese maldito sueño? —le preguntó sin moverse.